

yo, porque quiero ser franco, que nuestro propósito es difícil de realizar. Estas dos mujeres (permíteme lo vulgar de la expresión) que nos hemos echado á cuestras, son de tal magnitud y valer que nos abruman con su peso. Y es tal el resplandor con que brillan, que ha de costarnos muchísimo resplandecer por nuestras acciones por cima del resplandor que despiden ellas con sólo manifestarse. No creas tú que Putifar fué un personaje insignificante. Yo he leído en antiguas historias y sé de buena tinta que se distinguió como hábil capitán, venciendo al Faraón del alto Egipto, acérrimo contrario del Faraón pastor á quien él servía, y domando en Chipre á los filisteos, gente rubia y belicosa que había venido del Norte, que se había apoderado de aquella isla, y que mucho más tarde se repuso, invadió la tierra de Canaan y le dió nuevo nombre, aunque hizo en ella grandes estragos. Hay además quien asegura que Putifar era muy buen letrado, que poseía casi toda la ciencia de los egipcios, y que compuso memorias sobre las inundaciones del Nilo y sobre otros puntos no menos importantes. Pero todo esto se ha olvidado y ya nadie le recuerda ni le nombra, sino á causa ó por culpa de su mujer. Sólo se habla de él cuando de ella se habla, llamándola, la mujer de Putifar, por donde él es sólo mencionado como marido. Escarmentemos pues en la cabeza ajena

y procuremos que nada semejante nos ocurra.

Éste y otros razonamientos por el mismo estilo tenían á Morsamor sobre áscuas. Y verdaderamente era poco honroso y nada glorioso ir á la conquista de un nombre inmortal en compañía de damas tan desenfadadas y alegres, cuyas conquistas era de temer que se realizasen más pronto.

Aunque Morsamor disimulaba su disgusto, que solía rayar á veces en repugnancia, donna Olimpia, era muy avisada y no dejó de conocerle; pero donna Olimpia era muy soberbia también y no se dió por entendida ni formuló la menor queja.

## XIII

A bordo toda la tripulación estaba encantada de la bondadosa amenidad de donna Olimpia y más aún del regocijo de Teletusa, de sus danzas, y cantares y hasta de sus frutas de sartén, hechas á veces con tal abundancia que había para que todos comieran. Ya hemos visto cómo el piloto intimó con Morsamor y formó parte de su corro, y cómo Fray Juan se holgaba de estar en él y hasta de reir y charlar con las dos aventureras, pues, aunque piadoso, era indulgente, muy conocedor de las flaquezas humanas y bastante ejercitado en la virtud de la eutropía.

Había, no obstante, un personaje que no llevaba á bien aquel alboroto, sino que estaba escandalizado de la constante huelga, si bien lo disimulaba y sufría por que era prudentísimo.

Era este personaje el administrador ó comisionista encargado de las mercancías y de sus ventas, compras y cambios. Notable por su habilidad mercantil y por su experiencia y largas peregrinaciones, poseía además el talento de hablar afluentemente la lengua arábica, lo cual le valía y había de valerle para sus tratos y negocios con los mercaderes de aquellas regiones.

El tal administrador, holandés ó flamenco que en esto no están de acuerdo los autores, se llamaba Gastón Vandenpeereboom, nombre y apellido en completo desacuerdo con sus prendas personales, como si por antífrasis los llevara. En lugar de ser Gastón tenía fama de roñoso y por no gastar en nada, no hablaba nunca sino por necesidad ó provecho, á fin de no gastar saliva. Y su apellido, semejante al resonar del trueno ó de la artillería, también se concertaba mal con sus lacónicos y pausados discursos, pronunciados siempre en voz baja y suave. El señor Vandenpeereboom era además tan pequeñuelo y delgado que parecía un duende. Casi no se le oía ni se le veía. Cuando no estaba haciendo cuentas estaba rezando sus devociones, por ser muy religioso y devoto. Era harto feo de cara, pero en ella, y

singularmente en la viveza penetrante de sus ojillos, se revelaban su inteligencia y su astucia.

Nadie podía acusarle de que murmurase, pero harto se notaba, á pesar de su disimulo, que el señor Vandenpeereboom aguantaba con repugnancia la presencia á bordo de las dos aventureras y el jaleo continuo que allí armaban. Como quiera que fuese, y sin más novedad ni disgusto, la nave de Morsamor llegó al fin al puerto de Melinda.

La ciudad de este nombre era entonces populosa y estaba floreciente y rica. Era hijo su rey del que tan cortés y lealmente recibió á Vasco de Gama y le proporcionó piloto para llegar á Calecut con menos peligro.

Feridún se llamaba el rey nuevo, joven todavía, gallardo y muy agraciado de rostro. Tenía un hermano menor, llamado Rustán, á quien estimaba y quería tanto que casi compartía con él su trono. Y no debe extrañarse que tuviesen estos príncipes nombres propios de los antiguos persas ó iraníes, porque eran más blancos que morenos, y pretendían descender, así como la más ilustre nobleza del reino, de gente venida del Irán. Asegurábase que la ciudad de Chiraz y el fértil territorio que la rodea habían sido la cuna de los antiguos emigrantes. Y asegurábase, por último, que éstos habían abandonado la madre patria, llegando á la remota costa de Africa

y fundando allí una colonia, expulsados por el tremendo conquistador Temugín, alias Gengis Khan, Emperador de los tártaros mongoles.

Causa de la expulsión ó más bien de la fuga para sustraerse á una tiránica intolerancia, había sido la refinada cultura de aquellos persas, y el modo incompleto y libre con que se llamaban mahometanos. La antigua religión de la luz increada vivía en sus almas sobrepuesta al islamismo. Zoroastro valía para ellos más que Mahoma, como anterior y superior en la serie de los profetas. Las tradiciones patrióticas sostenían y fomentaban en la mente de ellos la fe en los dogmas del *Avesta* y del *Bundehesch*, libros sagrados que tal vez ya no poseían ni conocían. La poesía maravillosa, tan floreciente en el reinado de Mahamud de Gazna el Grande, había hecho que resurgiesen aquellas ideas y aquellos sentimientos en los espíritus y en los corazones. Dicen las historias que aquel rey glorioso tuvo muy regalados y agasajados en su corte, para mayor ostentación y brillo, á más de cuatrocientos poetas: cosa que aturde y pasma, sobre todo en el día, cuando críticos tan juiciosos é ilustrados como Clarín apenas conceden que tengamos en España dos y medio. Lo cierto es que entonces se escribieron en Persia lindísimos poemas descollando sobre todos el colosal de Firdusi, titulado *Libro de los Reyes*. En él renacen y viven

idealmente las glorias del Irán y sus seculares luchas, en defensa y para difusión de la luz, contra los turanies, propugnadores de las tinieblas. El rey Mahamud gustó tanto de la obra de Firdusi que pensó en darle por ella todo el oro que pudiese sostener y llevar como carga el más gigantesco y poderoso de sus elefantes. No llegó el rey, por malquerencia y chismes de sus cortesanos, á premiar tan generosamente al poeta, pero consta que le envió á Tus, lugar de su nacimiento, donde él estaba retirado, un regalo casi equivalente, si bien fué ya tarde, porque le llevaban á enterrar cuando entraron en Tus los que dicho regalo traían.

No fué sólo la epopeya la que pervirtió la ortodoxia musulímica de los habitantes de Chiraz y de toda su comarca, sino también los cuentos y novelas que después se escribieron, los tratados de filosofía moral harto poco severa, y más que nada la poesía lírica, consagrada á ensalzar el vino, los amores y toda clase de deleites. Mal podían avenirse con el Corán las sentencias y los versos del *Gulistán* de Sadi y los voluptuosos madrigales de Hafiz que él titula *gacelas*.

Todavía, por último, se corrompieron más las creencias y las costumbres con un misticismo que después se puso de moda, merced á muy eminentes escritores. Era el tal misticismo todo lo contrario de ascético. En lo tocante á indul-

gencia con pasiones y goces echaba la zancadilla al de nuestro famoso Padre Miguel de Molinos, no siendo menester la mortificación y la penitencia para que el alma se uniese con lo infinito, sino más bien absolver en ella toda la hermosura, todo el deleite y todo el bien de las cosas creadas. El libro titulado *El habla de los pájaros*, fué precursor de esta doctrina. Y quien más la propagó é ilustró luego fué el admirable poeta y filósofo Chelaledin Rumi, autor del poema *Mesnewi*. Así se fundó una secta herética muy dada al sibaritismo y una á modo de orden religiosa de derviches, inclinadísimos á todo linaje de diversiones, músicas y danzas.

Tales sectarios fugitivos fueron los fundadores de la colonia de Melinda, donde se habian dado tan buena maña que habian atraído millares y millares de negros, formando un reino importante del que dichos negros constituian la numerosa plebe.

Cuando Vasco de Gama aportó allí veinte y tres años antes, el rey melindeño, que era muy pacífico, le recibió leal y amistosamente. El héroe portugués, ya por si mismo, ya por medio de su alférez Nicolás Coello, habia acrecentado tan buenas disposiciones, ponderando la grandeza y el poderio de Portugal y de su monarca. Gama y Coello trataron de hacer creer á los de Melinda que España era la cabeza de Europa y

Portugal la cumbre de la cabeza; que el rey portugués era el primero de los reyes y que el mismo nombre de Dios era su nombre; que con su innumerable caballería imponía respeto y subyugaba á las demás naciones; que sus naves, bien artilladas, recorrían el mar á centenares; y que las rentas y tributos, que le rendían sus vasallos y los pueblos vencidos, eran tan abundantes, que, después de pagados todos los gastos, dejaban cada luna un sobrante de doscientos mil cruzados lo menos.

No se sabe hasta qué punto creerían los melindeños tan enormes exageraciones; pero, como vieron después que los portugueses enviaron al mar de la India poderosas flotas, que eran valientes y terribles, que conquistaron muchos puertos y ciudades, que asolaron no pocas provincias y que iban enseñoreándose de todo, acabaron por creer lo que al principio les habían dicho; á formar de Portugal el más elevado concepto, y á considerar como la mejor política la conservación y el acrecentamiento de la amistad portuguesa.

Esta era la opinión que prevalecía entre los de Melinda cuando la nave de Morsamor entró en su puerto.

## XIV

No bien saltaron en tierra algunas personas de á bordo, visitaron la ciudad y hablaron con sus mercaderes y con otros de sus habitantes, entre los cuales no faltaba ya quien chapurrease el portugués ó el italiano, corrió por todas partes la voz de que mandaba la nave recién llegada un señor de mucho fuste y campanillas, cuyo nombre era Miguel de Zuheros. Se difundió también que venían en la nave dos princesas de lo más encopetado de Europa, que iban viajando para su instrucción y recreo.

Hubo no pocos curiosos y desocupados que fueron á visitar la nave, donde Morsamor los recibió con franca cordialidad y agasajo. Y como allí viesan á donna Olimpia y á Teletusa, se maravillaron y embelesaron, dándose á propalar entre sus compatriotas que en la nave europea había, no dos mujeres bonitas, sino dos *péris* ó dos huries. Donna Olimpia fué la que más agradó y sorprendió por su porte majestuoso, y más aún por la nítida blancura de su tez y por el áureo fulgor de sus cabellos rubios, prendas muy raras en aquella tierra. Así es que la consideraron y ponderaron como si fuese criatura sobrehumana y hasta la propia Parabanú, emperatriz de las hadas.

Cuando todos estos rumores llegaron á los oídos del rey y de su hermano, ambos anhelaron obsequiar á Morsamor, ver á las dos hermosas princesas y mostrar á él y á ellas el esplendor de la capital de su reino y la fértil amenidad de los huertos y cármenes que á imitación y en competencia de Chiraz había en su ruedo y en ambas orillas del Sabaki, que desemboca en la mar á corta distancia.

Pronto se concertó y dispuso una fiesta y jira campestre á la que Morsamor, Tiburcio, el piloto, Fray Juan de Santarén, las dos princesas y el señor Vandempeereboom fueron convidados.

En bateles del país, empavesados con vistosos gallardetes y flámulas multicolores, y defendidos de los ardores del sol por elegantes toldos, los convidados fueron á tierra, donde había para las damas dos soberbios palanquines llevados por robustos negros; para Morsamor y Tiburcio, hermosos caballos árabes ricamente enjaezados; y para el piloto, el comisionista y el fraile, sendos pollinos tordos y lustrosos, con primorosas albardas, de las que pendían caireles y flecos de seda y con las cabezadas y jáquimas de seda también, alegrando los oídos el sonar de los cascabeles de plata que había en los pretales, y alegrando lá vista los relucientes y airosos penachos que descollaban muy por cima de las largas y puntiagudas orejas.

Debemos advertir aquí que en Oriente no es el asno, como en nuestros países, animal plebeyo y vilipendiado, sino que, por el contrario, goza de notable crédito y suele servir de cabalgadura á las personas graves, constituidas en dignidad y que conviene que caminen con reposo y pausada prosopopeya.

Con muy brillante acompañamiento el rey y su hermano llegaron á recibir á sus huéspedes en una gran plaza que estaba cerca del muelle. Varios ulemas, magos y astrólogos del Real Consejo privado, venían también en burros; monteros y cazadores, de á pie y de á caballo, traían la jauría de podencos y lebreles; doce diestros cazadores de altanería, todos á caballo, llevaban en el antebrazo izquierdo, asidos á la lúá de becerro con las acicaladas garras, ya poderosos neblies, traídos á mucha costa de las montañas de Elburz ó de Mazenderán á orillas del mar Caspio, ya ágiles alfanques africanos, retenidos por la pihuela para que no echasen á volar; y todos con sus capirotos de grana y con sutiles cascabelillos de oro en las nervudas patas.

El rey se presentó en un lujoso carro, tirado por cuatro caballos blancos y conducido por su propio hermano Rustán, que se ufanaba de ser hábil auriga. Se parecían también en el carro un venerable escudero, que sostenía el quitasol de raso amarillo, bordado de oro, dando sombra

al rey y siendo símbolo é insignia de su poder soberano; y dos pajecillos, muy gracjosos y compuestos, que oseaban las moscas y movían y refrescaban el aire que circundaba á la persona régia, agitando grandes abanicos, uno de pintadas plumas de pavo real, y otro de plumas de avestruz blancas como la leche.

El rey y su hermano recibieron y saludaron á las damas, á Morsamor y á los suyos con gran cortesía y finura, y después de recorrer las principales calles de la ciudad y de mostrarles las más interesantes curiosidades, los llevaron al campo, donde los cazadores y las bien industriadas aves de rapiña lucieron su destreza en la cetrería, arte cultivadísimo en Persia desde los tiempos primitivos de Jemshyd, fundador del primer imperio.

Todos fueron luego á un parque ó coto muy extenso que poseía el rey en la margen del río, y donde había mucha caza, especialmente de ciervos. Espantados y perseguidos por los ojeadores, los ciervos pasaron en manadas por muy cerca de las paranzas donde el rey y los que le acompañaban se habían puesto á aguardarlos. Así hicieron en ellos no pequeña carnicería, lanzándoles flechas, venablos y azagayas.

El rey Feridun obsequió por último á sus convidados y á los individuos de su servidumbre con una exquisita merienda, en la que el guiso

que más agradó fué uno de ánades silvestres en arroz blanco, condimentado con la picante salsa llamada *curry*. Los almibares de azahar y de rosas fueron también muy celebrados. Y los señores principales consumieron en abundancia el famoso vino de Chiraz á pesar de Mahoma, mientras que la gente menuda se regaló con *arrack*, bebida fermentada de la India, harto menos costosa.

Las dos damas fueron muy admiradas y requebradas, rayando en frenesí el entusiasmo que excitaron, sobre todo hacia el fin de la merienda.

El rey, el príncipe su hermano, los ulemas y los astrólogos, todos en suma, apenas se atrevieron á dirigirles la palabra en prosa, sino que les echaron á porfía mil piropos, ya en versos persas, ya en versos arábigos, que los señores Vandempeereboom y Tiburcio se encargaban de traducir. Porque según la costumbre de aquella tierra casi hubiera sido desacato ó irreverencia hablar en prosa á señoras tan bellas y de tan alta guisa. Por fortuna no era difícil á las personas elegantes de por allí hablar siempre en verso, porque la menos instruida de todas ellas sabía de memoria millares de *kasidas* y de *gacelas*, apropósito para todos los casos, y que podían ensartarse unas en otras, como las perlas en un hilo, por medio de la prosa rimada.

En resolución, los viajeros se divirtieron mu-

cho aquel día y todos volvieron á bordo muy lisonjeados y satisfechos.

## XV

Después de la jira campestre y contrariando los planes de Morsamor, su nave permaneció aún en el puerto de Melinda una semana entera. La carga y descarga de artículos de comercio y los tratos y contratos que tuvo que hacer el señor Gaston Vandempeereboom fueron la causa de tales estadias.

Llegó al fin el momento de continuar el viaje. Era una hermosa tarde de otoño, vispera de la salida. Morsamor, Tiburcio, las damas y toda la tripulación estaban á bordo.

Una almadía, conduciendo gente muy bulliciosa y regocijada, se acercó al costado de la nave. Uno de los de la almadía pidió permiso para que visitasen la nave él y sus compañeros.

Componían éstos una tropa ó cofradía de los derviches místicos, apellidados *mevlevies*, de que fué fundador y patriarca el ya citado celeberrimo Cheláledin-Rumi, egregio poeta entre los orientales y melodioso *ruiseñor de la vida contemplativa*.

Miguel de Zuheros no estaba de muy buen humor y repugnaba recibir á los derviches; pero donna Olimpia y Teletusa, que habían oído ha-

blar de sus extravagantes y vertiginosos bailes y del extraño método que empleaban para llenarse de furor divino y entrar en la vía unitiva, intercedieron por ellos y consiguieron que subiesen sobre cubierta. Hasta veinte serían los de aquella tropa, todos vestidos de flotantes y ligeros paños, todos contentos y satisfechos como quien priva con la divinidad y de los demás seres del mundo no se le importa un prisco.

Al són de una música muy rara entonaron los derviches algunas de las más bellas canciones panteísticas de su fundador. Luego tejieron la más arrebatada y frenética danza que puede imaginarse. Y, por último, cuatro de los derviches, trompeteros de resuello pujante, hicieron resonar las *kernas* de que venían provistos. La danza se precipitó entonces con rapidez sobrehumana. Verlos bailar causaba mareo.

Aquel espectáculo asustaba más que divertía, pero tenía tan invencible atractivo que todas las miradas quedaban fijas en los derviches sin poder apartarse de ellos.

Atronador era el sonido de las *kernas*, trompetas enormes de más de dos metros de longitud, en figura de serpientes y enroscadas en giro tortuoso.

—Nadie me quitará de la cabeza—dijo Tiburcio á donna Olimpia, que estaba á su lado—que si bien la música, como todas las demás artes, ha

adelantado mucho en estos últimos tiempos, todavía hay en ella secretos misteriosos, descubiertos en las edades primitivas y conservados oculta-mente en los santuarios y en los colegios sacerdotales. Al oír estas trompetas se entrevé y se adivina la relación, conocida en lo antiguo y desconocida hoy, entre la música y la arquitectura. Al oír estas trompetas no parece del todo ponderación, encarecimiento ó milagro, lo que se cuenta de Anfión erigiendo al són de la música las murallas de Tebas, y lo que se cuenta de Josué derribando las murallas de Jericó á trompetazos. Tal vez la música del porvenir llegue en Europa, dentro de cuatro siglos ó antes á tener eficacia parecida, mas por ahora distamos mucho de ello.

Donna Olimpia estaba tan absorta oyendo el trompeteo y contemplando la danza, que no contestó palabra alguna.

La observación de Tiburcio era, sin embargo, muy atinada aunque incompleta.

Sin duda aquella música profunda y sabiamente bárbara no estaba sólo en relación con la arquitectura, no era sólo una fuerza motriz material, sino que era asimismo un pasmoso vehículo de la fuerza psíquica, transmitiendo con el alienato vital por el retorcido tubo de bronce el deseo imperioso del espíritu. Esto que recientemente han inventado los hombres y han apellidado



magnetismo animal no es más que un leve é imperfecto atisbo y un ensayo rudo y embrionario, digámoslo así, del empleo de la fuerza psíquica, que en los venideros tiempos ha de conocerse mejor y ejercitarse con gran fruto.

Como quiera que ello sea, lo cierto es que aquellos trompeteros ó sonadores de *kerna* podían ya, por virtud de la ciencia oculta custodiada en Oriente, emplear la fuerza del alma y producir el letargo magnético en quien se les antojaba.

No nos maravillemos pues, de que Morsamor, que también veía la danza y escuchaba el trompeteo, viniese á caer en hondísimo letargo. No hubo modo de despertarle y permaneció traspuerto cerca de veinticuatro horas.

Cuando Morsamor volvió á su acuerdo, la nave estaba en alta mar, lejos de Melinda, y navegando con viento favorable hacia las distantes playas de Malabar.

Cuán extraordinaria sorpresa y cuán tremenda cólera no serían las de Morsamor no bien supo que donna Olimpia y Teletusa, así como sus escuderos, Asmodeo y Belcebú, habían desaparecido, sin que se hallasen en la nave por más que los habían buscado.

Sin duda, en la tremolina y rebullicio que se armó cuando Miguel de Zuheros cayó en su hondo letargo, las dos damas y los dos escude-

ros hubieron de escabullirse yéndose con los derviches.

Las órdenes de levar anclas y darse á la vela al amanecer habían sido tan terminantes que, á pesar de lo ocurrido, el piloto no quiso desobedecerlas. El letargo de Morsamor podía por otra parte terminar en muerte, y lo más seguro era salir para la India, por no considerarse nadie á bordo con poder bastante para desembarcar y tomar venganza de aquel desaguisado, en la suposición de que los derviches ó algunas otras personas tuviesen la culpa de todo.

Interrogado por Morsamor, Tiburcio le dijo:

—De tu letargo, no sé qué pensar. Yo creo que le produjeron las trompetas mágicas, pero tal vez la intención de los derviches no fué en tu daño. Y por lo tocante á donna Olimpia y á Teletusa nada tenemos que reclamar. No ha habido raptó. Ni la violencia ni la astucia han sido parte en su fuga. Ellas nos han abandonado en el pleno uso y ejercicio del libre albedrío. De nadie, pues, ni de ellas mismas, podemos quejarnos. Lee esta carta que me dejó escrita Teletusa antes de partir.

Morsamor tomó la carta y leyó como sigue:

«Mi adorado Tiburcio: La fatalidad lo quiere y lo dispone y es menester someterse á ella. En las entretelas de mi corazón llevo yo pintada tu imagen con preciosos y vivos colores que nunca

han de destefñirse. Estoy convencida de que no volveré á hallar jamás hombre tan guapo como tú y que me pete tanto, aunque, como el Infante don Pedro de Portugal, recorra yo en su busca las siete partidas del mundo. Y, sin embargo, tengo que abandonarte. Donna Olimpia lo quiere. Seguirle es para mi deber ineludible. Si ella abandona á Morsamor es porque conoce que, si bien Morsamor la quiere, Morsamor tiene vergüenza de llevarla en su compañía. Harto ha notado ella que cuando Morsamor no está bajo el hechizo de su mirada y recobra la calma y el juicio que le roba la embriaguez del deleite amoroso, ella, si no es objeto de repugnancia para Morsamor, es considerada por él como un estorbo y como un escándalo. No queremos estorbar ni escandalizar y por eso nos quedamos en Melinda. Hemos celebrado un contrato con el Rey Feridun y con el príncipe Rustan, los cuales, bajo palabra de honor, corroborada por solemnes juramentos, nos dejan en completa libertad de largarnos donde se nos antoje, si dentro de seis meses nos hartamos de ser el adorno y el esplendor de su corte. Donna Olimpia ha querido que nuestra separación sea súbita y por sorpresa para ahorrarnos á todos el trance desgarrador de la despedida. Ella desea que Morsamor alcance grandes victorias, triunfos y laureles en la India; entiende que para esto perjudicaría á

Morsamor si le siguiese y por eso le deja. Si él por un lado, ella también separadamente por otro, puede vencer y triunfar sola. El continuar juntos, dice ella, sería causa de debilidad y á todos nos dañaría. Ella sola tiene también colosales proyectos. Quiere visitar la Meca, el reino del Preste Juan, el Egipto, la Tierra Santa y qué sé yo cuantas otras regiones. Por Dios no tengáis pesadumbre de que nos separemos de vosotros. La pesadumbre de Morsamor sólo podría nacer, si la tuviese, de su vanidad ofendida. En el fondo de su alma debe alegrarse y de fijo se alegrará de verse libre de nosotras. Lo que es tú bien sé yo que me quieres un poquito y que sentirás algo mi ausencia. No me olvides. Guarda de mí tan dulce recuerdo como el que yo de tí guardo. ¿Quién sabe? Ya nos volveremos á encontrar algún día. Entre tanto quede yo en tu memoria tan gentil y enamorada, como tú en la mía quedas, y ten por cierto que nunca dejará de amarte tu *Teletusa*.»

Leida esta carta, Tiburcio entregó á Morsamor otra que donna Olimpia había dejado escrita para él. Era esta carta tan elocuente y tan sentida que no me atrevo á recomponerla aquí, pues no teniéndola á mano tal como se escribió la falsearía yo y la echaría á perder, recomponiéndola y ofreciéndola á mis lectores. Baste, pues, que sepan que donna Olimpia se despedía

de Morsamor con inmensa ternura, y tratando de justificar la separación por ineludible.

Morsamor sintió muy mortificado su amor propio, pero en el fondo de su alma tuvo que dar la razón á donna Olimpia, y no halló motivo para quejarse de ella ni de nadie. Sospechó, con todo que el mediador que habia habido entre Feridún y Rustán y las dos aventureras no podia haber sido otro que el Sr. Gastón Vandenpeereboom, pero disimuló su enojo por vergüenza y no quiso vengarse, al menos por lo pronto.

## XVI

El piloto Lorenzo Fréitas dirigió la nave con habilidad pasmosa, aprovechando la monzon favorable del sud-oeste, y, con mayor rapidez que la ordinaria, cruzó el Mar de la India hasta hallarse ya, según sus cálculos, á cuatro ó cinco días de distancia del puerto de Goa. Allí estaba sin duda el virrey Don Duarte de Meneses, á quien Morsamor quería presentarse, poniéndose á sus órdenes, aunque hubiera preferido que esto fuera llevándole algún presente y después de haber dado cima á empresas de importancia y de lucimiento.

Para tratar sobre este punto, Morsamor llamó á consejo una mañana al piloto Fréitas, al administrador Vandenpeereboom y hasta á Fray Juan

de Santarén y al amigo Tiburcio, con cuyos pareceres queria asesorarse.

Por noticias que en Sofala y en Melinda le habian llegado, Morsamor sabia que los negocios de Portugal en la India andaban harto revueltos. Y aunque presentaban mayor peligro que de ordinario, podian también dar ocasión á grandes triunfos si la destreza y el brio eran secundados por la fortuna. Tiempo hacia ya que el soldán del Cairo no construía auxiliado para ello por los venecianos á toda costa en Berenice, puerto del Mar Rojo, naves con qué salir á combatir á los portugueses en el Golfo de Oman y en lo más ancho del Eritreo, pero habian corrido rumores de que el régulo de Ormuz se habia rebelado, sacudiendo la pleitesía y negando el tributo que antes pagaba. Asegurábase además, que el gran turco, á quien arrebatában los portugueses en la India el fructuoso comercio que hubiera acrecentado y hecho incontrastable su poder, habia alentado, por medio de emisarios secretos, y tal vez con promesas de auxilio, á varios rajas ó principes soberanos indostanias, mahometanos unos y gentiles otros, para que contra Portugal se ligasen y armasen. Alma de esta liga era un marino audaz y experto, llamado Aga Mahmud, el cual tenia gran crédito y alto nombre, y habia llegado á reunir bajo su mando una poderosa flota de más de cincuenta ligeras y

bien artilladas fustas, sin contar varias galeras, almadias, *zambucos* y otros pequeños bajeles, cuyos tripulantes, aunque de diversas razas, lenguas y creencias, eran todos gente desalmada y fiera, avezada á la mar, sufrida en los trabajos y despreciadora de los peligros.

No lejos de Diu, florecía entonces, en el fondo de un estero y á orillas de un río caudaloso, la ciudad de Chaul, emporio del comercio que, para sustraerse al poder marítimo de Portugal, hacían entonces con la India, por tierra, Persia y Arabia. Chaul era singularmente famosa como mercado de caballos, y allí iban á surtirse los grandes señores y príncipes indios para remontar su caballería.

Los portugueses habían obtenido del príncipe de Chaul el permiso de erigir una gran fortaleza no lejos de la ciudad y al borde del estero, adquiriendo así la llave y el dominio de emporio tan importante.

La fortaleza había empezado á construirse, pero Aga Mahamud había acudido á estorbarlo con sus fustas, y se decía que se habían dado ya algunos combates en que no siempre los portugueses salieron bien librados.

Peligroso era ir allí con una nave sola exponiéndose á un encuentro con fuerzas superiores enemigas, pero Morsamor, deseoso de señalarse por actos heroicos, propuso á sus compañeros de

navegación y de armas dirigir el rumbo hacia Chaul y acudir en auxilio de la flota portuguesa que defendía allí la construcción del castillo y que tal vez en aquellos momentos estaba sitiada y vigorosamente combatida. Posible era sucumbir allí con gloria, pero si por dicha se vencía, Morsamor gozaba en imaginar la brillantez y la pompa de su entrada en Goa ya victorioso y llevando de presente á Don Duarte treinta ó cuarenta caballos árabes y persas rápidos en la carrera, de pura sangre y de hermosísima estampa.

Habló Morsamor con tanto fuego que logró penetrar y encender con él los corazones de su pequeño auditorio. El mismo Fray Juan de Santarén hubo de entusiasmarse y dijo que, dejando por lo pronto los medios de persuasión, hasta que aprendiese él con facilidad alguna de las lenguas que por allí se hablaban, empuñaría un arcabuz y transmitiría así sus creencias á los infieles por medio de terribles lenguas de fuego.

Había recelado Morsamor hallar oposición en el señor Vandenpeereboom, pero se llevó agradable chasco. El señor Vandenpeereboom siempre con la fría suavidad y con la lentitud de sus palabras, dijo de esta suerte, cuando le llegó el turno de hablar:

—En los peligros grandes el temor es casi siempre mayor que el peligro. Mucho aventuramos, pero, ¿quién sabe? Acaso salgamos bien de

la empresa y harto se comprenden el provecho y la gloria que de ello nos resultarían. Si somos vencidos, si las fustas de Aga Mahamud echan á pique nuestra nave ¿qué le hemos de hacer? Morir tenemos, como dicen los cartujos, y lo mismo es hoy que mañana. Yo aquí, como apoderado comercial de los señores Adorno y Salvago, sólo debo mirar por sus intereses. Y para disipar escrúpulos diré que aunque esta nave se hunda en la mar con toda la riqueza que contiene, si se hunde con gloria y con la conveniente y debida resonancia, los señores Adorno y Salvago saldrán ganando y no perdiendo. Esto lo calculamos muy bien antes de zarpar de Lisboa y por eso se dió el mando militar de la nave á tan atrevido sujeto como el señor Miguel de Zuheros que está presente. Si á nosotros nos hacen trizas y si descendemos al fondo del mar á que los peces nos devoren, los señores Adorno y Salvago se afligirán ó supondrán que se afligen, pero ya tienen echadas sus cuentas y hechos sus cálculos y sabrán poner alto precio á nuestro heroísmo, impetrandó de Su Alteza Fidelísima honores, mercedes y privilegios muy provechosos. Con que haga el señor Miguel de Zuheros lo que mejor le convenga, y atrévase á todo, que por nosotros no ha de quedar.

En vista de tan unánime concordancia de pareceres, Morsamor dispuso que se navegase ha-

cia Chaul, y así lo hizo Fréitas, con todo el cauteloso esmero que convenia para esquivar el encuentro de superiores fuerzas contrarias y para acudir en la más oportuna sazón á dar á los amigos inesperado socorro.

## XVII

Al amanecer de un día del mes de Septiembre, la nave de Morsamor se hallaba á la vista de Chaul, muy cerca de la costa. Densísima niebla quitaba su transparencia al aire y extendida sobre la superficie del mar, ofuscaba la vista.

Morsamor y los suyos creyeron oír frecuentes estampidos como de disparos de bombardas, y hasta imaginaron columbrar el resplandor siniestro que á los estampidos precedía. Sin temor, no obstante, aunque sí con extraordinarias precauciones, se fueron acercando hacia donde sonaban los disparos. No soplabá el viento muy en su favor, pero el piloto Fréitas y sus ágiles marineros le dominaban y aprovechaban con diestras maniobras.

A pesar de la niebla, descubrieron de repente un esquife que se recataba de ellos y procuraba huir. Echaron entonces al agua el de la nave, en el que izaron la bandera portuguesa, y á todo remo dieron caza y alcanzaron al que huía. Los que le tripulaban, no bien distinguieron la ban-